

EL BRONCE DE ABDÓN CALDERÓN: Reflexiones Sobre la Construcción de su Imagen y Monumento.

O BRONZE DE ABDÓN CALDERÓN: Reflexões Sobre a Construção de sua Imagem e Monumento.

Nataly Andrea CÁCERES-SANTACRUZ¹

Resumen: Este artículo reflexiona acerca de la fabricación de la imagen de Abdón Calderón, por medio de la construcción de su camino como héroe, desarrollado en relatos de escritores cuencanos del siglo XX, y de su escultura monumental como respuesta artística que materializa su figura heroica en la época. Se tomó en consideración la historia de Octavio Cordero, con *Vida de Abdón Calderón* de 1916, el boletín del Comité Calderón de 1928 y 1931, las narraciones de Ricardo Márquez y *Leyendas del tiempo heroico* de Manuel J. Calle de 1905. Las piezas documentales mencionadas responden a la necesidad una narración oficial sobre Abdón Calderón y su gesta. Como conclusión Calderón obtuvo favorable acogida, pues a nivel nacional, se recibieron respuestas entusiastas en tono patriótico para honrarlo como Héroe del Pichincha.

Palabras clave: Héroe, Ecuador, Escultura Monumental, Nación, Abdón Calderón.

Resumo: Este artigo reflete sobre a fabricação da imagem de Abdón Calderón, por meio da construção de sua trajetória como herói, desenvolvida em histórias de escritores de Cuenca no século XX, e sua escultura monumental como resposta artística que materializa sua figura heroica na época. A história de Octavio Cordero foi levada em consideração, com *Vida de Abdón Calderón* de 1916, o *boletim do Comitê Calderón* de 1928 e 1931, as narrações de Ricardo Márquez e *Leyendas del tiempo heroico* de Manuel J. Calle de 1905. As peças documentais mencionadas respondem à necessidade de uma narrativa oficial sobre Abdón Calderón e seu feito heroico. Como conclusão, Calderón foi recebido favoravelmente, pois em nível nacional foram recebidas respostas entusiasmadas em tons patrióticos para homenageá-lo como Herói de Pichincha.

Palavras-chave: Herói, Equador, Escultura Monumental, Nação, Abdón Calderón.

Las independencias americanas se convirtieron en una fuente de inspiración para la creación de obras por parte de escritores, pintores y escultores. En estas obras se mostraba la epifanía de la guerra en los campos de batalla, donde se forjó la idea del joven héroe como un comodín, catalizador y estabilizador de una sociedad emergente de imágenes. El héroe definido como “varón ilustre y famoso por sus hazañas o virtudes (...) que lleva a cabo una acción heroica (...) y como personaje principal de todo poema en que se representa una acción(...) es el campeón de las cosas por hacer, no de las que ya están hechas” (Bauzá; Cipolla, 2007, p. 5), fue en el mundo moderno, valorado por el móvil

¹ Doctoranda de programa en Historia y Estudios Humanísticos: Europa, América, Arte y Lenguas de la Universidad Pablo de Olavide (España). Magister en Historia con especialización en Arte y Patrimonio por la Universidad de Montevideo (Uruguay). E-mail: natalina.deleche@gmail.com. ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-1352-9790>.

ético de sus acciones, bajo los principios de solidaridad y justicia social, razón por la cual, fue considerado modelo de emulación social.

Esta imagen fue fundamental para constituir el discurso cívico, en el que la patria es la madre y los ciudadanos sus hijos. Se establecen valores que al ser otorgados son favores recibidos. Aspectos como la libertad, el territorio, entre otros, conforman el conjunto de beneficios adquiridos, y esto a su vez se vuelve una deuda que debe ser pagada. De ese modo los hijos se convierten en ingratos, sobre todo si demoran en retribuir dicha obligación. En ese sentido, los padres de la patria, como mártires han dado su vida por el bien de otros, y por ello se vuelven el ejemplo de quienes retribuyen a la nación.

Comúnmente, los héroes han sido descritos como hombres con el deseo de querer cambiar al mundo, que en algunas ocasiones no miden las consecuencias de sus acciones, pero que asumen los riesgos y batallan contra las adversidades. El héroe patriótico se configuró como modelo del héroe moderno, vinculado y trascendente de la tradición antigua y cristiana, indudablemente con tintes románticos, sea por transferencia directa o indirecta, siguiendo modalidades diferentes entre un país y otro, con indudable influencia de la revolución francesa. El historiador Francisco Bauzá plantea que gracias a la acción paradigmática del héroe es posible mantener la historia viva y activa, puesto que son los motores que dinamizan la historia. En general son presentados como transgresores y revolucionarios, que buscan

traspasar el umbral de lo prohibido, (...) ir más allá de los límites impuestos por la sociedad, (...) de manera utópica- querer ordenar un mundo des armónico y lanzarse para ello- en todos los casos de manera absolutamente convencida- a una aventura (...) un viaje hacia lo ignoto (Bauzá; Cipolla, 2007, p. 6).

En tal sentido, es menester el uso de la figura del héroe, en cuanto a su rol desempeñado en la historia, a su vez que como defensores de la justicia social y seres cuasi-divinos, siendo los recursos discursivos para los gobiernos del momento, que sean estos mitificados, históricos o ficticios, son herramientas para obtener consenso y apoyo.

Figura 1- Abdón Calderón, héroe del Pichincha., Víctor M. Izurieta, 1922.



Fuente: Colección Iván Cruz Cevallos. Biblioteca Aurelio Espinoza Polít (BEAP), n.d.

En la emergencia republicana, de la que algunos autores hacen referencia, la idea de la nación dependió de la creación de las narrativas, en las que los héroes asumieron un rol protagónico. De forma intencional, el personaje elegido como héroe, debía englobar en su ser los postulados políticos vigentes, pero también las intenciones conductuales dirigidas hacia la población, y así permitir la confirmación histórica de la existencia de seres humanos con excelsas cualidades provenientes del espacio geográfico en donde se origina la narrativa.

En una suerte de categorización de los hombres sobrehumanos es notable la presencia de los “héroes niños” como parte del derrotero histórico de las naciones americanas. Estos niños heroicos actuaron en eventos fundamentales para la nación, como batallas decisivas para el territorio, permitiendo el énfasis en su valentía y otras virtudes que pretendían la emulación colectiva. A través de la literatura es posible encontrar la creación de narraciones apoteósicas donde aparecen estos personajes. En Perú, después de la Guerra del Pacífico, se conmemoró en el panteón de héroes nacionales, a los niños combatientes llamados “Los cabitos” como Néstor Batanero Infantas, Juan José Soto Siles, Manuel Bonilla, Isaías Clivio, Braulio Badani Suárez, entre otros, que defendieron al Perú y fueron acribillados durante la ocupación chilena el 13 y 15 de enero de 1881.¹

En Colombia, aparece la figura de Antonio Ricaurte, llamado héroe niño y que destaca junto con “La Pola” y otros por su sacrificio, en su caso en el ingenio de San Mateo, en el que se inmoló impidiendo que las tropas realistas tomaran el armamento guardado para los patriotas, el 25 de marzo de 1814 (Martínez Martín; Otálora Cascante,

2012, p. 21). La guerra con Estados Unidos y México fue el evento donde aparecen la figura de los seis cadetes muertos durante la defensa de Chapultepec, el 13 de septiembre de 1847, donde cayeron presos del enemigo: Juan Bautista Pascasio Escutia Martínez, Agustín Melgar, Fernando Montes de Oca, Francisco Márquez, Vicente Suárez y Juan de la Barrera. En el Ecuador, una de las figuras seleccionadas para cumplir con esta tarea fue la del teniente Abdón Senén Calderón Garaicoa. La victoria en la batalla del Pichincha, el 24 de mayo de 1822, se considera como la puerta de entrada para la independencia ecuatoriana, puesto que después de este evento, la liberación del territorio se concretó. El acontecimiento llamó la atención de los historiadores de la época, quienes, en sus escritos destacan –algunos de manera fantástica– la labor de soldados y jefes militares relevantes. En ese sentido, la intervención de Calderón no pasó desapercibida, pues al ser miembro de una familia respetada en el austro y litoral ecuatoriano, su edad al momento de morir –tenía apenas dieciocho años–, y el rango militar que poseía, lo incluyó en el relato de la legión de los libertadores, estableciendo así la fórmula perfecta para crear la imagen de un héroe adecuado a los fines pertinentes.

Pero ¿cuál fue la razón para desarrollar la figura del héroe niño a inicios del siglo XX considerando que ya existían piezas que respondieron a las necesidades visuales? La respuesta atiende al complicado panorama político y económico del país. Entre 1912 y 1924 se encontraba gobernado por la oligarquía liberal de la costa, más conocida como el predominio plutocrático. Además, entre 1913 y 1916, se produjo una guerra civil con gran cantidad de víctimas, y con el endeudamiento fiscal del Estado con los bancos privados, como el Banco Agrícola y Comercial, a los que se pidió ayuda para financiar la campaña del gobierno. En los años veinte hubo una importante agitación urbana, pues los sectores medios que habían crecido con la burocracia y el comercio menor pugnaban por su participación en el poder. Las organizaciones obreras –artesanales, de forma amplia, solicitaban en mayor medida la reivindicación de sus derechos. Territorialmente, el Ecuador había firmado un tratado de límites con Colombia el 15 de julio de 1916, el denominado Tratado Vernaza – Suárez con el propósito de resolver definitivamente toda controversia relativa a sus derechos territoriales, y con el fin de estrechar sus relaciones amistosas y así atender intereses mutuos. También en la misma época, el advenimiento de los Centenarios de la independencia, que podemos decir, al igual que en Quito, en la ciudad de Cuenca fue fundamental organizar eventos, en los que se intentaba mostrar su progreso al resto del Ecuador.² Lo cual, nos muestra que en ese contexto se inicia el proceso para la construcción de la imagen en bronce de Calderón. Este proceso responde a un esfuerzo pedagógico, en el sentido de inculcar obediencia en los más jóvenes. Una

forma de propaganda del gobierno y la persistencia de la herencia religiosa, de divinizar los actos realizados en nombre de Dios y de la patria. De forma especial, en la imagen del héroe niño existe una carga simbólica importante. Desde la creencia popular y de los primeros cristianos, resulta la santidad derivada de la juventud al momento de la muerte, en especial cuando se trata de una muerte violenta.

En ese sentido, las jóvenes víctimas de asesinato o que murieron en el campo de batalla recibieron tratamiento de mártires, a nivel oficial y popular. Su figura representaba la inocencia de la juventud y el drama de la muerte injusta, que, alejado de su raíz religiosa estas cualidades despertaron en el pensamiento ilustrado como una visión renovada de la niñez, afianzando el discurso oficial.

Para construir la idea del héroe se necesitó más que un relato de victoria y apoteosis. Es necesaria la legitimación del héroe a través de la visibilización de su transitar para convertirse en uno. Ese proceso fue denominado por Joseph Campbell como el camino del héroe. Se trata de tareas y hazañas increíbles realizadas por el personaje que deben ser aprendidas por sus congéneres. El camino comienza cuando el individuo va hacia la aventura, a una región de prodigios sobrenaturales, en el que se enfrenta con fuerzas fabulosas y gana una victoria decisiva, entonces, el héroe regresa de su misteriosa aventura, con la fuerza de otorgar dones a sus hermanos y ganar contra su enemigo, así esto le signifique la muerte. Es un arquetipo inspirado en imágenes básicas de la mitología y la visión del ciudadano ideal. Dicho de otro modo, el camino del héroe es un relato en el que se describe y se explica el trajinar del personaje, justificando el ingreso del protagonista al pabellón nacional de ilustres, y se basa en la literatura existente para cumplir con ese objetivo.

Este artículo reflexiona acerca de la construcción de la imagen de Abdón Calderón, por medio de la construcción de su camino como héroe hecha a través de los relatos de escritores cuencanos a inicios del siglo XX, y de su escultura monumental, como respuesta artística materializada para la creación de su figura heroica en la época. Para este estudio, se tomó en consideración el relato de Octavio Cordero titulado *Vida de Abdón Calderón* en 1916, obra que sirvió al Comité Calderón para conocer los hitos del personaje y difundirlos en su boletín, en la sección de contenido cultural. En este medio también encontramos referencias a la efigie de Abdón Calderón. Otra obra relevante es *Leyendas del tiempo heroico* de Manuel J. Calle, publicada en 1905, y el texto *Estirpe gloriosa* de Ricardo Márquez en 1931. Estas fuentes surgieron por la necesidad de crear una narración oficial sobre Abdón Calderón y su gesta. Asimismo, es importante la obra

Abdón Calderón, su destino de gloria de Mariano Sánchez Bravo, publicada en el año 2001.

Abdón Calderón en la palestra de los héroes

Abdón Senén Calderón Garaicoa nació el 31 de julio de 1804 en la ciudad de Cuenca, provincia del Azuay. Es importante mencionar que en la historia de la independencia del Ecuador, sobre todo en los sucesos acontecidos previos a 1822, la figura de Calderón aparece muy poco. Algunos datos refieren a su participación en la revolución de Guayaquil el 9 de octubre de 1820. Lo describen como un mensajero, a quien le confiaron portar órdenes, avisos y resoluciones de los dirigentes que apoyaban la gesta. En el ámbito castrense aparece como miembro de las filas del ejército colombiano, participando en algunos combates de forma esporádica. Es más, hay documentos donde sin tanto detalle lo nombran pero no destacan su rol militar. No obstante, en las descripciones acerca de la batalla en las faldas del volcán Pichincha, el 24 de mayo de 1822 en Quito, cambia totalmente, puesto que reaparece este personaje, como uno de los tenientes que perdió la vida después de la batalla, debido a las heridas que recibió al inicio del combate.³

Los documentos sobre la independencia ecuatoriana, escritos hasta finales del siglo XIX, describen de manera escueta acontecimientos en los que Calderón participó, es más, de forma rápida hablan de su vida y muerte, sin destacar su rol en la época, sino más bien como una síntesis informativa, lo cual, no fue posible utilizar para crear una narración mitológica. De este modo, hasta principios del siglo XX no se rescató la figura de Calderón, momento en el que empiezan a construir su historia y a posicionarlo en el panteón de los héroes. Para ello, fueron claves los escritores cuencanos. Es un hecho que cuando se trabaja la configuración de los personajes ilustres se considera de manera inicial sus hazañas más importantes. Asimismo, su vida explica un antes y un después y les da insumos a los artistas para contextualizar sus obras. Estas fuentes incluyeron decisivamente en el contenido sociocultural de la figura.

El relato oficial, en el que se justificaba la decisión de incluir a Calderón como héroe, fue construido con las fuentes posteriores al combate en Pichincha. La narración oficial se presentó un siglo después para establecer de forma verídica su existencia, y defender su materialización artística.

Calderón y la batalla del Pichincha

Lo que la historia oficial nos dice es que la gesta inició desde la noche del 22 de mayo de 1822 con las tropas patrióticas desfilando sigilosamente con dirección al Pichincha, desde la parte sur de la Real Audiencia, pasando por poblados como Latacunga al día siguiente, para llegar al sector de Chillogallo –sur de Quito– donde decidieron pernoctar en una hacienda. Y temprano salieron hacia Quito para enfrentarse al enemigo. Los batallones llamados a combatir fueron el Albión, Alto Magdalena, Yaguachi, entre otras, todas comandadas por el general Antonio José de Sucre. El teniente Abdón Calderón formaba parte del batallón Yaguachi. El día 24 de mayo de 1822, las tropas,

a eso de las ocho de la mañana, coronaron la montaña, ya la altura por la vanguardia, con el fin de dar descanso a las tropas fatigadas y no dormidas(...) hacia las diez de la mañana, cuando el General Don Antonio Morales, nuestro Jefe de Estado Mayor general, dio la voz de alarma (Cordero Palacios, 1916, p. 35-37).

Octavio Cordero relata que acabando de almorzar los soldados, y hacia las diez de la mañana, cuando el general Antonio Morales dio la voz de alarma el combate había empezado. A media cuadra del punto de partida en el terreno se toparon con el enemigo, que desembocaba por entre la maleza del terreno, casi a quema ropa, iniciando así la acción (Cordero Palacios, 1916, p. 34). Los batallones que se desplegaron fueron el batallón Trujillo y el Piura por el lado derecho, y el Yaguachi que lideraba Calderón fue hacia al centro, acompañado por el Alto Cuenca-Magdalena, que iba a la izquierda.

Se detalla que, en los momentos iniciales de la acción, al disiparse el humo de la primera descarga del batallón Yaguachi, aparece el héroe niño “magnífico de Coraje y gallardía, empuñando la espada con la sinistra (Izquierda), pues una bala acababa de herirle en el brazo de los valientes, el derecho” (Cordero Palacios, 1916, p. 35). A partir de este momento, todos los escritores mencionan aspectos idealizados, pero en particular Calle, con su relato cambió el rumbo de la mirada hacia Calderón. Es así como en la *Leyenda del tesoro heroico* menciona que retirada la vanguardia del general Córdoba, por falta de municiones, volvió al combate, reforzada en dos compañías del batallón Yaguachi, entonces,

inflamado de valor, corre al frente de los suyos, y se precipita sobre el enemigo. ¡Adelante, amigos míos! ¡Avancen, muchachos! ¡- exclama con delirio, dirigiéndose a los suyos, y se entra por donde arreciaba el peligro y se cernía la muerte, con la mirada encendida y la espada desnuda en la diestra (Calle, 1905, p. 188).

En la narración de Cordero y Márquez señalan que, pese al primer balazo, Calderón continuó,

sin volver a pensar siquiera en semejante accidente, y cuando por la falta de municiones, que no había llegado aún, comenzaron los nuestros a retroceder, dando fuego en retirada, él trató de impedirlo, hasta que otra bala que sobrevino le destrozó el hueso del brazo izquierdo, por lo que dejó caer la espada” (Cordero Palacios, 1916, p. 35; Márquez, 1931, p. 21).

Mientras que, en la *Leyenda del Tesoro Heroico*, de Calle dice,

silba una bala y le rompe el brazo derecho. Pasa Calderón la espada á la izquierda, y continúa la lucha al grito de: ¡Viva la Patria! ¡Silba otra bala y le rompe el brazo izquierdo!! ¡Viva la República!, grita el heroico adolescente, y siempre en pie, siempre sereno, anima á los suyos, y corre adelante con la espada en los dientes (Calle, 1905, p. 188).

Cordero en esta parte del relato explica que los superiores de Calderón le pidieron que se retirase, pero él se rehúsa, “sosteniendo este brazo al cuello, en cabestrillo” (Cordero Palacios, 1916, p. 35). También detalla, al igual que Márquez, que siguió al frente de su Compañía impidiendo que se retiraran del campo de batalla sus compañeros hasta que llegaran las municiones y pudieran contraatacar (Cordero Palacios, 1916, p. 35; Márquez, 1931, p. 21). Es más, en el texto, hay una descripción de la gestualidad del personaje. Todos los escritores analizados coinciden en que la determinación manifestada en su mirada y gesto de Calderón motivó a que los soldados de la tercera compañía del batallón Yaguachi avanzasen con coraje y precisión como al principio del combate. Cordero, por ejemplo, se refiere a la mirada de Abdón Calderón como “un rayo partido de una pupila y un entrecejo plegado en las crispaturas del heroísmo, se condujeron tan bien como los reflejos del acero” (Cordero Palacios, 1916, p. 35), pese a que no podía moverse, ni mover la bandera logró enardecer a los suyos con la mirada. Este hecho fue una de las razones por las que se generó la afamada leyenda del héroe niño, así lo menciona Márquez. Cordero coincide con Márquez al mencionar que con

el tronco estático, fallo como se hallaba del airoso movimiento de los brazos, ¿Cómo pudo Calderón enardecer a los suyos, cuando el ademán del Jefe, es el acicate del soldado, en medio de la acción? ¡Oh prodigios del gesto y de la mirada! (...) Aquel con la expresión, ésta con sus lampos, lo hicieron todo (Cordero Palacios, 1916, p. 35; Márquez, 1931, p. 21).

La muerte de Abdón Calderón

Continuando con el relato, Cordero recita que “de repente Calderón comenzó a claudicar de la pierna izquierda. Pues se trataba de una tercera bala que acababa de herirle por encima de la rodilla, desastillándole el hueso” (Cordero Palacios, 1916, p. 35). Siguiendo la misma línea narrativa, Calle le pone voz a Calderón, quien dice: “¡Avancen; ¡A ellos!” pero “silba otra bala y le atraviesa el muslo” (Calle, 1905, p. 188). Según Márquez, aunque era peligroso que continuará en combate, y para este punto ya estaba siendo atendido por otros compañeros de lucha. Calderón continuaba en su puesto. De hecho, Calle dice que por la actitud que tenía Calderón nadie podía contenerlo, “en la sublime inconsciencia de los valientes y aunque hay un momento en el que vacila el niño, éste no cae” (Calle, 1905, p. 189). En esta parte del relato, la fantasía hace presa de Calle, quien escribe en la *Leyenda Tesoro del tiempo heroico*, que Calderón grita como puede “¡Patria; ¡Patria; ¡Libertad; ¡Libertad; Y ¡adelante; (...), dejando caer la ya inútil espada” (Calle, 1905, p. 189). Además, hace alusión a las escenas en la que está herido, momento en el que grita para motivar a las tropas, y finalmente morir en el campo de batalla,

viene una bala de cañón y le lleva ambas piernas - ¡Viva la Independencia ¡Y cae sobre su espada! Y allí, en el suelo, sin brazos, sin piernas, destrozado, mínima parte de sí mismo, aun respira con el aliento de su valor gigantesco y lanza entre el hipo de la muerte el último viva á la República. Y luego, como una pálida flor que se dobla, blanco como un lirio que se marchita en un lago de sangre, entrega su grande alma (Calle, 1905, p. 189).

Los textos de Márquez y Cordero mencionan otros detalles de la batalla, como el ejercicio de los otros batallones y las arremetidas del enemigo. También señalan el momento en el que Calderón recibió el cuarto balazo en el muslo derecho –cuyo hueso fue horrorosamente destrozado–, los miembros de su compañía corrieron a socorrerlo, recibéndolo en brazos. También narran que lo llevaron suavemente a tierra y allí lo atendieron, para luego sentir el repique de las campanas de la iglesia de la Recoleta del Tejar, que anunciaba la victoria del ejército patriota y avisaba el terminó del combate. Cordero, Márquez y Calle indican que Abdón Calderón, no quiso irse del campo de batalla. Y aunque murió días después, en las obras ya es descrito como un héroe que se resiste a la muerte, en un intento de posponer su destino, como si quisiese cerciorarse de que su labor esté concluida. Este acto hace eco del simbolismo de la salvación y del renacer, porque el héroe al morir se transforma.

Pese a todo lo ocurrido, Calderón sobrevivió. Para ese momento, Calderón estaba gravemente, por lo que fue trasladado a casa de José Félix Valdivieso para recibir atención. Según las fuentes documentales de Sánchez Bravo, las heridas le provocaron

una infección generalizada y un cuadro de deshidratación aguda que lo llevaron a la muerte el 7 de junio de 1822, catorce días después de la batalla. Al día siguiente, se llevó a cabo el velorio en el convento Máximo de San Nicolás de Bari en Quito, también conocido como la iglesia de la Merced. Si embargo, en la obra de Cordero se menciona que Abdón Calderón falleció el 29 de mayo de 1822. Por otro lado, los relatos de Calle y Sánchez Bravo, este último basándose en la versión del coronel Manuel Antonio López sobre la batalla del Pichincha, afirman que “murió el valiente mancebo, la tarde del mismo día” (Calle, 1905, p. 189; Sánchez Bravo, 2001, p. 150).

Sánchez Bravo indica que los historiadores no contaban con archivos relacionados con el fallecimiento de Calderón, por lo que su historia está sesgada. Por ello y para despejar estas dudas por medio del análisis de las cartas enviadas y recibidas por Antonio José de Sucre y de otros documentos en posesión de historiadores como Víctor Arellano Paredes, en las que se puede llegar a la fecha real de la muerte de Calderón. Sucre el 28 de mayo de 1822 envía una misiva a Manuela Garaicoa en la que le comunica la gravedad de su hijo, lo que establece que hasta el 29 de mayo no había muerto, como Cordero lo afirma, y la contestación de la madre de Calderón, lo hará el 11 de junio del mismo año, por las distancias y tipos de comunicación asumimos que no conocía la fecha de la muerte de su hijo. Además, ya enterada del fallecimiento, Manuela Garaicoa escribe una misiva fechada de 18 de diciembre de 1832, en la que incluye el testimonio de José Arciniegas y Paredes, escribano público, y fray Pedro Albán, provincial de Quito, de la orden militar de nuestra señora de las Mercedes, que afirman que el 7 de junio de 1822 murió Abdón Calderón, hijo de Francisco Calderón y de Manuela Garaicoa, vecina de Guayaquil en casa de José Félix de Valdivieso. Es decir, que soportó el dolor de las heridas durante catorce días antes de expirar. Este testimonio aclara la confusión.

Octavio Cordero en su narración dice que los restos de Calderón no se encuentran en posesión de los cuencanos. Indica que, por la posición social de la familia Calderón en Guayaquil, la importancia de su padre y madre en Cuenca y su irrefutable actuación en Quito, es posible que sus restos se encuentren en una tumba especial, relacionada con la familia que lo atendió. Ciertamente, los restos mortales de Calderón no tuvieron el mismo fin que de otros desafortunados. Hay testimonios que indican que, por la cantidad de cuerpos sin vida encontrados después de la batalla, tuvieron que lanzarlos en la quebrada de los Gallinazos, también llamada de Jerusalén –ahora Boulevard de la 24 de mayo–. Con relación a este tema, Calle no ahonda, tampoco lo hacen otros historiadores en los documentos hasta 1930. Sin embargo, Sánchez Bravo refiere a este tema en particular en su reflexión, señalando que los restos de Calderón fueron sepultados en la iglesia del

convento Máximo de San Nicolás el 8 de junio de 1822, en una bóveda de la cripta de esta basílica menor. Con el paso del tiempo, los restos del héroe niño fueron trasladados a la ciudad de Guayaquil. Del paradero de los restos no se tenía certeza, puesto que al ser exhumados se perdió su rastro. No obstante, el 22 de julio de 1948, se encontraron unos restos en una tumba de la catedral de Guayaquil, los cuales al parecer eran de Calderón. Estos restos se hallaban en una urna de madera, que se hizo polvo al intentar sacarla. Los fragmentos óseos y pedazos del uniforme militar encontrados fueron depositados en una caja de cartón con un papel en el que citaba la siguiente inscripción “Restos de Abdón Calderón, encontrado en la Catedral en una tumba fuerte- Julio 22 de 1948”. Con este hallazgo en la catedral de Guayaquil se estableció que en algunas de las criptas se encontraban enterrados miembros de la familia Garaicoa, por lo que se presumía que en este espacio fue la segunda morada de Calderón. Posteriormente, los restos mortales fueron entregados a los sobrevivientes de la familia Garaicoa, quienes lo depositaron en algún lugar de Guayaquil, que no han querido declarar, ni hacerlo público.

Tratando de recorrer el camino del héroe

Ricardo Márquez, en el Boletín “Abdón Calderón” del 31 de julio de 1928, se cuestiona acerca de los vacíos que existen en torno a la vida de Calderón, como, por ejemplo, ¿en qué casa fue enterrado y cuál fue la fecha específica en la que murió?, ¿en qué fecha fue ascendido a Capitán?, o ¿si hay algún retrato verídico de él? Márquez explica que constantemente hubo elucubraciones con respecto a las preguntas planteadas, y que esas afirmaciones provocaron que no hubiera un consenso en cuanto a la veracidad de varios aspectos de la vida de Calderón.⁴ Incluso plantea que existieron errores en la identificación del rostro de Calderón, ya que establece que en revistas y periódicos de la época se publicaron imágenes del héroe niño de forma errónea, correspondientes a otros combatientes como José María Córdova. Entonces, la idealización de la figura de Calderón fue una realidad, como también lo fue la adaptación literaria realizada para ser utilizada como insumo para la construcción de su imagen artística.

Los datos recabados sobre la vida de Abdón Calderón, como se ha dicho, son pocos e idealizados, aunque se puede decir que la obra de Octavio Cordero es una de las más completas. El resto de los documentos que tratan sobre la vida del héroe niño ecuatoriano permiten la creación del camino del héroe. La primera parte de este proceso es presenciar un hecho que marque su vida, que le motive a retirarse del seno familiar hacia la aventura, porque

el lugar del nacimiento (...) del cual retorna para llevar a cabo sus hechos de adulto entre los hombres, es el punto central u ombligo del mundo(...) Desde el lugar umbilical, parte el héroe hacia su destino. Sus hechos de adulto derraman fuerza creadora sobre el mundo (Campbell, 1959, p. 300).

Para Calderón fue en el mes de febrero de 1816 cuando presencié el ataque del comodoro Guillermo Brown en Guayaquil. Este hecho lo impresionó y “le dispuso temprano a ceder a los sentimientos de valor y arrojo, de que tan épicas muestras dio bien pronto” (Cordero Palacios, 1916, p. 15). Además, la muerte de su padre y el hecho de acogerse al legado militar que lo obligaba a seguir sus pasos,

el sangriento fin de Don Francisco, y la contemplación del hecho de que Sámano, su asesino, estuviese prevaleciendo en el alto puesto de Virrey, deben haber sido un torcedor para el corazón del niño. No Némesis, la Venganza, sino Themis, la Equidad, incubaba en él de continuo la idea de la sanción personal (Cordero Palacios, 1916, p. 15).

Cordero dice que después de la muerte de Francisco Calderón, padre de Abdón, Manuela Garaicoa, su madre, buscó ayuda en sus hermanos Francisco Javier, José y Lorenzo, y en los esposos de sus hermanas, el general Villamil y el señor Vivero. De forma que, aunque Francisco Javier, cura de Yaguachi, lo educó en humanidades, también influyó Vicente Rocafuerte, que en 1817 impartió lecciones de francés y geografía y fue quien inspiró a Calderón con sus ideas patrióticas. La presencia de personajes como Rocafuerte en el relato corresponde a los encuentros con figuras protectoras y de seguridad, que puede ser una persona adulta o anciana, identificando la sabiduría para proporcionar al aventurero amuletos contra la fuerza del enemigo. En el caso de Calderón fue Vicente Rocafuerte su maestro, debido a que este incitó al joven a luchar a favor de la independencia. Por tanto, Rocafuerte representa la fuerza protectora y benigna del destino.

El héroe tiene un llamado y este puede ser para la vida o para la muerte. Podría significar una alta empresa histórica o marcar una posible iluminación religiosa para su despertar. La llamada descubre el misterio del cambio, de la transfiguración, para el paso espiritual que cuando se completa es el equivalente de la muerte y el renacimiento. Entonces, conforma la imagen arquetípica que se activa simbolizando el peligro, la reafirmación, la prueba, la iniciación y la extraña santidad a los misterios del nacimiento. Parte del camino del héroe es la negativa a la llamada que hace el destino, pero pese a su corta edad, siendo considerado un niño,⁵ no hubo una negativa por su parte. De esa forma, el héroe continúa su camino, y con ayuda cruzó los desafíos que se fueron presentando.

Luego habrá más umbrales que superar. En el caso de Calderón fueron las acciones previas a la revolución guayaquileña en 1820. Cordero indica que cuando Calderón tenía dieciséis años actuó como mensajero. El llevó de forma discreta órdenes, avisos y resoluciones “y así conducir y atar los hilos de la conjuración, por ellos manejados, sin despertar las sospechas de las autoridades” (Cordero Palacios, 1916, p. 16). Con esta actuación se ganó la confianza de Olmedo, Vivero y Villamil (próceres guayaquileños). Después fue incluido como miembro oficial de la causa. En la mañana del 9 de octubre de 1820, junto a León Febres Cordero, se dirigió al cuartel de los granaderos de reserva para confirmar la rendición de este grupo de militares. Esta acción significó para Calderón su ingreso al ejército de operaciones como subteniente. Al igual, formó parte del batallón de infantería al mando del teniente coronel Ignacio Alcázar. En esta parte de la narración, y siguiendo el camino del héroe, Calderón se involucra en el ámbito revolucionario, lo que le da cierto estatus y la capacidad de realizar acciones con legítima justificación.

Ahora bien, el héroe debe enfrentarse a diferentes obstáculos, donde incluso el enemigo aparece. Como parte del relato se describen diferentes batallas como la de Camino Real, Huachi, Huachi grande, Yaguachi, Tanizagua, entre otras. En estos enfrentamientos encontró dificultades cercanas a la muerte, victorias temporales y derrotas. En estas hazañas se describe a Calderón como un soldado primerizo, y que junto a sus compañeros formaban grupo de “neófitos de Marte se bautizaron hijos suyos en esta primera hazaña” (Cordero Palacios, 1916, p. 18). Las derrotas son experiencias relevantes para el aprendizaje del héroe, puesto que es parte del proceso de heroificación. Al dar la cara a los enemigos, el héroe adquiere experiencia y obtiene el arma del conocimiento que estaba dentro de él. Desarrolla la capacidad de liberarse a sí mismo y de liberar a otros. Por ello debe continuar con su camino y conquistar otro espacio desconocido. Entonces, por medio de una aventura inicia su viaje, encontrando dificultades y más empresas, en las que debe sumergirse para desaparecer y luego resurgir. En esta fase, el personaje de forma aparente se desvanece por un peligro inminente, al punto de parecer muerto. Si pierde algún combate no puede darse por vencido, y debe continuar en la búsqueda del santuario (el sitio para encontrar un tesoro/talismán/pitonisa que motive el viaje).

Ahora bien, en la narrativa, Calderón con el tiempo fue adquiriendo experiencia en el frente. Además de destacar como un buen soldado, también lo hizo como oficial al mando en varios enfrentamientos, logrando el repliegue del enemigo. Todo ello, le significó el grado de teniente, solicitado a la Junta Patriótica de Guayaquil por parte del

general Urdaneta (Cordero Palacios, 1916, p. 18). Estos eventos permitieron que en la imagen de Calderón tuviera sentido la heroificación patriótica y a su apoteosis en Quito en 1822 signifique su renacimiento como un héroe de la nación.

Por consiguiente, en el relato se reconocen dos estados del héroe, el primero en su período mundano y el segundo cuando trasciende a la inmortalidad. La etapa mundana es cuando posee su forma humana, transita por obstáculos y vive un sinnúmero de experiencias, como lo que vive un individuo común. Al transitar los eventos le dotan de conocimiento y atributos que forman su carácter para ese viaje sin retorno. Mientras que el segundo periodo trata sobre la trascendencia hacia la inmortalidad, correspondiente al último acto, antes de su muerte, evento al que pocos llegarán bajo la condición en la que el héroe lo hace. Es un momento donde se sintetiza todo el sentido de su vida, y es ahí donde debe ser descrito como un ser que no teme morir. Calderón es definido como quien tenía en sus venas sangre de héroes y de mártires, y que por su obligación con la patria debía defender a todos aquellos que lucharon por ella e incluso vengar la muerte de su padre (Calle, 1905, p. 187).

En textos como la *Leyenda del Tiempo heroico*, Manuel J. Calle traza el perfil de Calderón como un sujeto extraordinario, que encarna virtudes y que se transforma por medio de sus actos hacia la divinidad. De esa forma Abdón Calderón nos recuerda que el individuo que se vuelve héroe lleva en armonía el discurso y el mito. La acción del héroe se enfoca en ser presentado como un dios vivo y sus características son: la superación de obstáculos, vivir transformaciones constantes que lo llevan hacia el momento final y que su figura exista para ser destrozada en el combate, y luego su historia dispersada para provocar la admiración. Es así como la creación de esculturas monumentales atiende al deseo de la continuidad del pasado, en la que el camino del héroe permite que se hable del origen de la patria, pero en este caso de la patria cuencana.

La imagen de Calderón en el tiempo

En 1920 se creó una Junta del Centenario en Cuenca con el objetivo de desarrollar el festejo de la independencia el 3 de noviembre de ese año. Para lograr este cometido, se solicitó la colaboración de la población mediante donaciones y cuotas. En particular al sector indígena se le establecieron tributos específicos, situación que provocó protesta y que finalmente se resolvió en acuerdos para calmar los ánimos.

En las vísperas del Centenario, se levantaron monumentos efímeros alrededor de la plaza central de Cuenca. Aunque estos fueron realizados en pedestales de piedra, tanto

las esculturas como las columnas, se emplazaron en lugares específicos para luego terminado el festejo ser retirados del espacio público. Estos monumentos fueron patrocinados por diferentes sectores de la población. Las fuentes visuales consultadas nos indican que la gente quería ser partícipe de este acto. Con respecto a las características de estas esculturas monumentales, se trató de pilastras rectangulares que en su cúspide se encontraba una alegoría que representaba a una organización en particular. Aquellos monumentos ubicados en los exteriores y alrededores de la plaza representaban a los gremios de sociedades obreras y entidades públicas, mientras que los monumentos establecidos dentro de la plaza eran representaciones de personajes ilustres como Luis Cordero Crespo y Fray Vicente Solano, entre otros. En particular llamó la atención que la Sociedad La Salle haya levantado un monumento efímero de Abdón Calderón.

Figura 2- Monumento a Abdón Calderón en el parque del mismo nombre, Manuel Jesús Serrano (Fotógrafo), ca. 1917-1920.



Fuente: FOTOGRAFIA PATRIMONIAL.Colección Manuel Jesús Serrano, n.d.

Tiempo después, en el año de 1927, la Revista *Claridad* hace una invitación a la sociedad ecuatoriana para la realización de un certamen nacional de belleza, que se llevaría a cabo el 24 de mayo. La iniciativa tuvo gran acogida, tanto que, en Cuenca, previo al certamen, se realizó un torneo para elegir a la representante azuaya. Conjuntamente, se recolectó el pago de cada uno de los votos por las candidatas, y de esa forma se armó un fondo para la realización de la escultura de Abdón Calderón. Como hace notar el Boletín del Comité “Abdón Calderón” se captó alrededor de diez mil sucres, además de que este acto se concibió como la demostración de desprendimiento y buena voluntad hacia la figura de Abdón Calderón por parte de los ciudadanos “significó patriótica alianza de la hermosura y virtudes de la mujer azuaya con el homenaje al héroe

Niño” (Comité Abdón Calderón, 1928, p. 3). Todo parece apuntar a que Luz María Cordero y Toral, proclamada reina del Azuay, fue quien solicitó que los fondos recaudados fueran destinados a esa obra.

Para iniciar el proceso de construcción de la escultura se constituyó el Comité “Abdón Calderón” el 3 de junio de 1927. El grupo estuvo conformado por 17 miembros. Uno de ellos, el coronel Ángel Chiriboga, fue también partícipe en el comité del certamen de la Reina de Belleza del Azuay, lo que confirma que la idea de la recaudación para la obra fue respaldada por el comité organizador del certamen (Comité Abdón Calderón, 1928, p. 5-6).

El héroe niño en bronce

La obra fue diseñada y elaborada por el escultor quiteño Carlos Alberto Mayer, artista becado, residente en Italia. Mayer y el Comité “Abdón Calderón” firmaron el contrato el 22 de septiembre de 1927, documento en el cual se especificaban detalles tales como que el material debía ser el bronce y que la obra debía fundirse en Génova. También señalaba que Mayer tenía setenta días para entregar toda la documentación relacionada con la escultura al comité. Además de la obra principal, se solicitaron dos placas de bronce para el basamento, la primera con la leyenda “Cuenca a Calderón”, y la segunda con la inscripción “Murió gloriosamente en Pichincha, pero vive en nuestros corazones – Bolívar–”.⁶ La escultura monumental fue inaugurada el 24 de mayo de 1931 en el parque Central de Cuenca.

Para la construcción de la base, se convocó a un concurso local en el que se debían presentar propuestas respecto a la forma y el material. La notificación fue publicada en *El Diario Nacional*, donde se detallaron los parámetros de la licitación. Se solicitaba un mármol fácil de pulir, con brillo y en cantidades suficientes. Carlos Mayer se dirigió a los miembros del comité para informar que en el Azuay se puede conseguir el mármol rosado *Sacay* para la gradería y el pedestal. También prefería de color verde *Mangan* o de cualquier otro color –para las fuentes– que se ajustara a la figura de bronce. Finalmente, la propuesta ganadora para la base fue la presentada por el artista cuencano Benigno Vintimilla, autor de la columna conmemorativa a Antonio José de Sucre, en la Casa de los Tratados en Girón- provincia del Azuay.⁷

Con respecto a la escultura en bronce, Carlos Mayer plasmó la actitud invicta del héroe, interpretado con gesto marcial pero apacible, representando al héroe que sabe morir por la libertad y la patria. De acuerdo con el Boletín “Abdón Calderón” de 1931,

Mayer resaltó la figura simbólica del héroe, en la que “resplandece no solamente el valor propicio a las grandes locuras de la guerra, sino la plenitud de un patriotismo impaciente por arrancar la victoria a través de los infiernos dantescos de la muerte” (Comité Abdón Calderón, 1931, p. 21).

Mayer también contribuyó en la configuración de la imagen, ya que seleccionó como representación la alegoría del Amor a la Patria, que corresponde a un “joven (...), situado entre la batalla, mirando con alegre o sagaz ademán en el gesto, llevando en la diestra una (...) bandera (...) vestido con ropa militar” (Ripa, 2007, p.99). Sin duda, se resalta la figura del héroe guerrero y mártir, que de acuerdo con Cordero, exhibe

como si de sus vértebras los andes hablaran, (...) pese a que su juventud fue desgarrada por las balas de una lucha de emancipación, el héroe resplandece no solamente el valor propicio a las grandes locuras de la guerra, sino la plenitud de un patriotismo impaciente por arrancar la victoria a través de los infiernos dantescos de la muerte (Cordero Palacios, 1916, p. 51).

Calderón está sedente. Iconográficamente, por el furor de la guerra el soldado manifiesta valentía, fuerza y determinación. En ese sentido, es capaz de defender los ideales con su propia vida. Se trata de la imagen de un niño que se ha convertido en hombre. En su mano derecha “brilla la bandera de las grandes reivindicaciones, simbolizando la libertad para los hombres por medio de la democracia, y en la que anhela la juventud eterna para la realización de las patrias del futuro” (Comité Abdón Calderón, 1931, p. 20), y en la mano izquierda tiene la espada, que simboliza su firmeza en cumplir y morir por sus ideales.⁸ Rafael Arizaga menciona que durante la batalla, el héroe ecuatoriano tenía entre sus manos “el tricolor bendito, y al plantarlo sobre una roca del Pichincha, para enseña perpetua de la libertad ecuatoriana, se desploma inerte, despedazado el cuerpo, pero impertérrito el espíritu inmortal” (Arizaga, 1931, p. 21). Mayer quiso plasmar esta imagen, por lo cual la escultura posee el tricolor nacional, con gesto de fijarlo sobre una roca. Esta acción demuestra que el monumento es un altar de la patria, ante el cual las nuevas generaciones deberán inclinarse para recibir el fuego de la pasión sublime.⁹ Es decir, esa emoción que eleva a las personas hacia la espiritualidad heroica para perpetuar la libertad. Aunque su cuerpo fue despedazado, él ya es un espíritu inmortalizado que ha alcanzado su apoteosis.

En lo simbólico, la imagen tiene un discurso visual potente. La escultura nos dice que la juventud debe estar en lucha por el progreso, con sacrificios y renunciaciones, pues el héroe, que en vida representa la perspectiva dual –entre el deber y el sacrificio–, después de su muerte, es una imagen que sintetiza muchas otras cualidades. La

perfectibilidad es el privilegio de la juventud porque el anhelo temprano de lo nuevo e innovador impide al joven acomodarse a los intereses creados. Lo cual, nos lleva a pensar en que lo importante al establecer una representación, en esta la era de la conmemoración, pues se trata del desarrollo de una figura que pueda ser socializada con la renovación mental, que pueda,

prolongar la juventud en la edad adulta (...) que busque fórmulas nuevas que superen el presente en vez de cerrar los ojos para volver a los errores tradicionales. La juventud, cuando duda, rectifica su marcha y sigue adelante; la vejez, incapaz de vencer el obstáculo, desiste y vuelve atrás (Ingenieros, 2007, p. 60).

Figura 3- Detalle frontal del Monumento a Abdón Calderón.



Fuente: Fotografía 3024 x 4032 mm. Parque Calderón, Cuenca., 2018.

Según Campbell, hay dos tipos de hazaña que pueden realizar los individuos para lograr ser héroes. La primera es física, es decir, cuando el héroe realiza un acto de valor en la batalla como salvar una vida; y la segunda es espiritual, en la que el individuo aprende a experimentar la vida espiritual humana y después vuelve con un mensaje. La figura de Calderón fue construida en función de la primera hazaña. Como héroe es alguien que ha dado su vida por algo más grande que él mismo. Al morir, se creó su mito que se vincula con la historia, permitiendo la evocación de sus glorias.

El héroe niño es la imagen de un joven (efebo), que en un sentido espiritual está obligado a renunciar a su infancia y convertirse en adulto; a morir en su personalidad y mentalidad infantil, sin dejar de amar a la patria. Aunque crezca, seguirá amando a la patria, en otras palabras, Abdón Calderón es la alegoría del Amor a la Patria.

La patria, cuya raíz proviene de padre, se pronuncia con la terminación femenina, que representa una combinación de ambos géneros. Esto implica que debe ser igualmente honrada como lo serían ambos progenitores. Sin embargo, si es de defenderla, la patria ha de ser prioridad,

puesta totalmente por delante de cualquiera de los dos padres por separado (...), porque el individuo recuerda que, (...) por el eterno honor y obligación que naturalmente a la suya cada uno le debe, igual que el hijo al padre, habiendo sido engendrados en aquella y habiendo de ella recibido el espíritu, y el aire que nos da la vida (Ripa, 2007, p. 100).

Este afecto se debe al eterno honor y deber que cada individuo naturalmente le debe a su patria, similar al respeto y la gratitud que un hijo le debe a su padre, ya que ambos han sido engendrados en ella y han recibido de ella el espíritu y el aire que les da vida. Este amor por la patria surge de manera natural para que cada individuo ame su patria, independientemente de su tamaño o prestigio, ya que nadie ama a la patria por su grandeza, sino simplemente por ser suya. La imagen de Calderón se ajusta perfectamente a esta idea. Manuel J. Calle afirma que Calderón al pelear en la batalla del Pichincha brindó al Ecuador “la prueba mayor de hasta dónde puede llegar el heroísmo cuando está alentado por el sagrado amor a la patria; y por eso, en esta acción, se destaca su figura entre tantos guerreros beneméritos” (Calle, 1905, p. 187). Así también, refiriéndose a los héroes jóvenes, Ripa explica que estos individuos se fortalecen y se vuelven vigorosos, y aunque avancen en edad, se vuelvan robustos,

sin debilitarse ni perder sus fuerzas nunca, mientras que cesan los demás amores. Un Caballero, tras haber servido en amor a una Dama durante un cierto tiempo, una vez apagado el amoroso fuego que el tiempo enfría, siendo la edad menos fresca y viniendo con ella otros pensamientos; poco a poco la olvida; más de la patria no se olvida nunca (Ripa, 2007, p. 100).

De la manera en que está compuesto el monumento escultórico, se trató de enseñar que el cumplimiento del deber está inspirado en la protección del hogar, que es el origen de la patria. De acuerdo con el Boletín del Comité “Abdón Calderón”, morir por la patria significaba encontrar la dicha que el ser humano debía hallar en la vida para que esta tuviese sentido. Naturalmente, no solo se hablaba de los jóvenes cuencanos, sino de los ecuatorianos en general, ya que el monumento se erigió con el fin de expresar el alma nacional modelada en el hogar, la escuela y las ciudades. Además, no solo se intentaba conectar con los jóvenes varones, sino también a con las mujeres. Al involucrar la construcción de la escultura en un concurso de belleza femenino se pone de manifiesto que los deberes con la patria, al ser mujer, corresponden al de ser el núcleo de la familia.

Al mismo tiempo, se considera el hogar como un santuario donde las madres son “maestras excelsas de nobles y profundos afectos, saben infundir en sus hijos el amor a los grandes ideales que son el complemento de las admirables virtudes que enaltecen a la mujer ecuatoriana” (Comité Abdón Calderón, 1928, p. 35).

Los documentos revisados mencionan que la construcción de esta escultura buscaba que el alma de los individuos “se llene de profundas emociones, de mirar a través de los años, las refulgentes huellas, de los colosos de la libertad” (Comité Abdón Calderón, 1931, p. 11), aunque eso implicara una novelización de los eventos. Se trata de un repertorio literario y visual que estaba enfocado y dirigido a las nuevas generaciones. Entonces, la escultura monumental, basada en narraciones épicas, permitía que las figuras de personajes nacionales ingresasen en el imaginario social, siendo protagonistas del panteón nacional de héroes de manera indiscutible, o al menos eso es lo que intentaron que fuera en dicha época.

Aunque la imagen de Calderón no lo presenta como un personaje infantil, y en la literatura verificada se menciona su edad en la etapa adolescente, todo apunta a que la escultura debía incentivar un comportamiento cívico, especialmente en los más jóvenes, y así fomentar las virtudes patrióticas, equivalentes a las de un ciudadano. Es más, en la *Leyenda Tesoro heroico*, se advierte desde el principio que “el objetivo es (...) facilitar a los niños un pequeño libro de lectura que les hable de los grandes días de la Emancipación y procure despertar su infantil curiosidad que los lleve, más tarde, a un estudio serio de aquella época de la historia patria” (Calle, 1905, p. 8).

Es relevante decir que la historia fantástica de Calle logró con el tiempo incluirse en el imaginario social, puesto que fue incluida en textos escolares como el *Terruño*. Este libro de cívica narraba con el capítulo de acontecimientos históricos, “La Batalla de Pichincha”, como en la sección de “Personajes notables” la historia de valor de Abdón Calderón, para incentivar el patriotismo en los lectores. Sin embargo, en el documento del Boletín del Comité “Abdón Calderón” se resalta la importancia de escribir la biografía del héroe, “sin hacer derroche de poesía, ni lujo de invenciones, como hasta ahora han hecho algunos escritores” (Comité Abdón Calderón, 1928, p. 12).

La ficción en la narración no solo imita las acciones humanas, sino que las recrea de manera profunda. El primer paso de lo teórico a lo práctico está en la medida en que lo que ciertas ficciones reescriben es precisamente la propia acción humana. O al sentido inverso, “la primera manera según la cual el hombre intenta comprender y dominar lo diverso del campo práctico es la de procurarse una representación ficticia de él” (Ricoeur, 2004, p. 204). La estructura narrativa proporciona a la ficción la abreviación, articulación

y condensación, mediante las cuales logra el efecto de aumento icónico que se describe en la escultura.

Pero no queda ahí, aunque seguramente no fue el único adolescente en las filas del ejército patriota, su participación en la revolución de octubre y las campañas bélicas lo configura como un protagonista, por ello recibió reconocimientos póstumos. Después de la muerte de Calderón, el mariscal Antonio José de Sucre lo ascendió al grado de capitán, como homenaje a su sacrificio en combate. Sucre hace una particular mención:

La conducta del Teniente Calderón, que, habiendo recibido sucesivamente cuatro heridas, no quiso retirarse del combate. (...) y previa disposición, después de fallecido, le ascendió a Capitán graduado, ordenando, que, con ese grado, siempre se le pasase, Revista de presente (...) él murió, pero el Gobierno de la República, sabrá compensar a su familia los servicios de este Oficial Heroico (Comité Abdón Calderón, 1931, p. 37).

El hecho se ratifica, el 16 de julio de 1822, cuando llega Simón Bolívar a Quito y decreta honores a la legendaria memoria de Abdón Calderón, como símbolo de gloria en Pichincha.¹⁰ Ricardo Márquez dice que hasta el año 1829, la tercera compañía del batallón Yaguachi no tuvo capitán. En la nómina de soldados, la casilla donde debe aparecer el nombre del capitán de turno está escrita la palabra “vacante” con letras grandes, “simbólica palabra, que evoca el recuerdo de Bolívar, perpetuando la apoteosis del Héroe Niño, con la sublime frase: Murió gloriosamente en Pichincha, pero vive en nuestros corazones” (Comité Abdón Calderón, 1928, p. 11).

En el campo militar son frecuentes este tipo de conmemoraciones, y buscaban construir la imagen de un héroe. Creemos que más allá del simbolismo, lo que se quiere es configurar la imagen de un líder. Para connotar la figura del líder Calderón, se hizo énfasis en su ascenso al cargo,

Un Capitán (...) habiendo guerreado muchos años para lograr gloria y fama, al fin retornará a la Patria a reposar. Sírvase de ejemplo el sagaz Ulises, quien habiéndose desenvuelto como glorioso Capitán en los nobles lugares de la Grecia toda, y siendo no ya grato, sino gratísimo a la espléndida Corte del Imperio, aun así, deseaba retornar a su Ítaca, Patria Oscura, vulgar y fastidiosa (Ripa, 2007, p. 100).

Aunque el héroe es quien sirve a la humanidad por medio de sus hazañas y proezas, el reconocimiento se lo hará de manera local. Dependiendo del enfoque en el que se lo mire, este personaje fue quien vio lo inevitable y se puso al frente, y así motiva a otros a la búsqueda visionaria de una misión en común. El héroe patrio se mueve más allá de la dicotomía del bien y del mal. Las situaciones a las que se enfrenta se traducen

en un comportamiento unilateral, extremo y apasionado. En ocasiones, llega hasta la brutalidad e incluso puede utilizar a otros y sus vidas como instrumentos para lograr sus objetivos, y esto puede o no tener relación con la supervivencia del grupo y el mantenimiento del orden. Pero estas acciones se ven justificadas porque el protagonista está llevando a cabo un acto moral, considerado de alto nivel, donde sacrifica su propia vida para obtener la victoria ante el enemigo. De acuerdo con Andrade, el patriota al igual que el héroe muere por la patria, por sus creencias y verdades, y en ese sentido es un verdadero prócer. Morir así es una muestra de santidad,

santa es la muerte cuando uno es inmolado por luchar en defensa de los hombres, en contra del lestrigón del conservadurismo que satisfacía sus entrañas con estos próceres y santos, que escriben su historia sobre la losa de la Patria (...) su muerte no sería en vano, pues mientras más víctimas cobraban los gobiernos conservadores, más se evaporaba su discurso político (Andrade, 1887, p. 5).

A modo de conclusión

Fue necesario realizar homenajes a los militares que participaron en las batallas, y en el caso del joven Calderón –como de muchos otros– ese honor fue póstumo. En vida los actos glorificaban las acciones con gestos conmemorativos. Pero ante la tardanza, como es en este caso, la escultura monumental suplió esa carencia. Si bien es cierto que los restos de Abdón Calderón no se encuentran en Cuenca, el monumento en su honor reemplazó –al menos mediáticamente– la presencia real del héroe en su ciudad natal.

Su apoteosis fue el día de su muerte. A su corta edad fue considerado un veterano de guerra por las batallas en las que participó, y es uno de esos héroes que se sacrificaron y sucumbieron antes de ver la victoria de su bandera. Por esa razón, la historia trata de vincular la acción del personaje en el combate con símbolos de sacrificio y unidad.

Hasta aquí, el heroísmo tiene el objetivo moral de salvar al pueblo y apoyar un discurso oficial. Entonces, el liderazgo del personaje motiva a la ejecución de ideas e incide en los comportamientos. Quién observa al héroe lo identifica, y esta contemplación conduce a la imitación y luego a la elevación espiritual. Por ello, las esculturas monumentales, en cuanto a su eficacia, sirven y responden ante la audiencia porque cumplen con la creencia tácita en que los cuerpos en ellas representados tienen en cierto modo el rango de cuerpos vivos. En ese sentido, se puede saber si la imagen tuvo éxito o no entre el público, con tan solo exponer la idea de la erección de su escultura en algún punto geográfico. En el caso de la escultura de Calderón, las fuentes indican que tanto la

idea de su construcción como la obra fueron apoyadas por las ciudades principales del Ecuador. Se recibieron respuestas entusiastas en tono patriótico para honrar su nombre como el héroe del Pichincha, convirtiéndose en una imagen de reconocimiento colectivo. Además, este acto significó para Cuenca la categorización como ciudad “cuna de héroes”. Es así como la efigie motiva la peregrinación al lugar donde nació el héroe para estar, sentir y reconocer esa valía en el personaje.

Adicionalmente, esta clase de representaciones permite a los recursos del arte, hábitos sociales como las aglomeraciones para presenciar el homenaje al héroe. En la inauguración de la escultura pública en 1931, las fuentes nos indican que hubo una considerable concurrencia de gente en el acto. En documentos como los boletines del Comité “Abdón Calderón” se indica que se trata de la voz del patriotismo que se está manifestando, y que anuncia al Ecuador que ha llegado la hora de consagrar el recuerdo imperecedero de los héroes que combatieron por la libertad. El evento estuvo cargado de significados, porque la figura de Abdón Calderón se materializó como un punto de confluencia y confirmación de glorias nacionales. De ahí la necesidad de una imagen especial y exclusiva. Por ello se entiende que cuanto más bella y bien hecha la obra, tanto más famosa se vuelve en el espacio público.

De acuerdo con los documentos revisados, durante la conmemoración de fechas importantes en Cuenca, como el 31 de julio –natalicio de Calderón–, 24 de mayo –batalla del Pichincha–, y el 3 de noviembre –independencia de Cuenca– se desarrollaron homenajes al héroe niño. Los ecuatorianos acudieron a las festividades morlacas¹¹ como resultado de la popularidad que adquirió el personaje, por lo tanto, el espacio donde está el monumento se convirtió en su santuario. En ese tenor, aparece Calderón como el representante de las virtudes cuencanas.

Finalmente, en el mismo espacio público donde fue inaugurada la obra escultórica de Calderón, durante el siglo XIX, se desarrollaron fusilamientos. Uno de los más sonados fue el de Luis Vargas Torres –combatiente liberal– el 20 de marzo de 1887, situación que marcó el imaginario popular cuencano, puesto que luego del hecho, la plaza fue denominada por los ciudadanos como Parque Vargas Torres. Por tanto, la inauguración del monumento a Calderón respondió a ese proceso de olvido – recordando a Ricoeur– que supone la superposición de hechos, en las que se reemplaza una idea con otra para modificar (impulsar a que se recuerde) la historia y los elementos identitarios del lugar. Es así como Calderón no solamente es el héroe niño nacional, todo apunta a que su figura fue la fundadora de Cuenca como ciudad moderna.

Referencias

ANDRADE, Roberto. *Otro Mártir*. Ica: RPD XVIII -XIX, Biblioteca Aurelio Espinoza Polit, 1887.

ARIZAGA, Rafael. Apoteosis. *Boletín "Abdón Calderón" III*, Cuenca, v. 4, págs. 21–22, 1931.

BAUZÁ, Hugo; CIPOLLA, Carlo. *El mito del héroe: morfología y semántica de la figura heroica*. Ed. 3. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2007.

CALLE, Manuel. J. *Leyendas del tiempo heroico*. Ed. 1. Cuenca: Imprenta "El Telégrafo", 1905.

CAMPBELL, Joseph. *El héroe de las mil caras*. Psicoanálisis del mito. México - Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1959.

CAMPBELL, Joseph; MOYERS, Bill. *El Poder del Mito*. Barcelona: Emecé Editores, 1991.

COMITÉ ABDÓN CALDERÓN. *Boletín "Abdón Calderón" I*, Cuenca, v. 1, 1928.

COMITÉ ABDÓN CALDERÓN. *Boletín "Abdón Calderón" II*, Cuenca, v. 2, 1928.

COMITÉ ABDÓN CALDERÓN. *Boletín "Abdón Calderón" III*, Cuenca, v. 4, 1931.

CORDERO PALACIOS, Octavio. *Vida de Abdón Calderón*. Cuenca: Tipografía Colegio Nacional Benigno Malo, 1916.

DE LARA, Jorge. De la gesta del Pichincha, *Boletín "Abdón Calderón" III*, Cuenca, v. 4, pág. 20, 1931.

FOTOGRAFIA PATRIMONIAL. Colección Manuel Jesús Serrano. Disponible en: <http://fotografiapatrimonial.gob.ec/web/es/galeria/element/17654>. Acceso en: 4 nov. 2024.

INGENIEROS, José. *Las Fuerzas Morales*. Buenos Aires: Gradifco, 2007.

MÁRQUEZ, Ricardo. "Estirpe Gloriosa". *Boletín "Abdón Calderón" III*, Cuenca, v. 4, págs. 1–34, 1931.

MARTÍNEZ MARTÍN, Abel; OTÁLORA CASCANTE, Andrés Antonio Ricaurte. La creación de la imagen de un héroe niño 1830 -1881. *Historia y memoria*, n. 4, págs. 13–44, 2012.

RICOEUR, Paul. *La memoria, la historia, el olvido*. Madrid: Trotta Editorial S A, 2004.

RIPA, Cesare. *Iconología I- II*. Ed.3. Madrid: Akal, 2007.

¹ En el caso del Perú, Guillermo Sánchez Ortiz ha identificado a más de veinte héroes entre niños y adolescentes que según manifiesta participaron a favor de la causa nacional peruana.

² Así como en Quito, Cuenca estaba limitada en sus conexiones con el resto del país, por un lado, por las vías en mal estado y por una topografía que complicaba el acceso a esta ciudad. Se puede decir que, en cierta medida, el pueblo cuencano estaba aislado.

³ Los relatos mencionan que, debido a las heridas recibidas durante el combate, tuvo una fuerte infección, que lo llevó a una grave deshidratación que resultó en su muerte.

⁴ El nacimiento de Calderón suscitó acaloradas discusiones entre Guayaquil y Cuenca hasta 1890, pues ambas alegaban ser la cuna de nacimiento del héroe. A partir del análisis de la partida bautismal se estableció que Calderón nació en Cuenca.

⁵ Constitucionalmente eran adultos quienes eran ciudadanos. En la primera Constitución de 1830, en el art. 12, de la Sección III, plantea que, para entrar en el goce de los derechos de ciudadanía, se requería: ser casado o mayor a veintidós años. Luego en constituciones como la de 1897 eran ciudadanos quienes hayan cumplido los 18 años, y sepan leer y escribir. En la de 1906, se detalla que, para tener la misma cualidad política y legal, el individuo debía tener 21 años. En todo caso, de acuerdo con el relato oficial, Calderón no era un adulto, ni ciudadano. En la *Leyenda del tiempo heroico* es presentado como un niño soldado.

⁶ Estas placas debían estar unidas por guirnaldas, adornado con llamas; dos cabezas de león y dos festones que adornan el motivo arquitectónico base de las cabezas, una palma en la parte posterior, pergamino a medio desarrollar con la inscripción: Miembros del Comité que mandó erigir este monumento, con los respectivos nombres.

⁷ El pedestal se entregó quince meses después, a partir del día en el que se celebró el contrato con Vintimilla, con un valor de Diez y seis mil sucres (Comité Abdón Calderón, 1931, p. 8).

⁸ La leyenda cuenta que Calderón llevaba en sus manos la bandera colombiana, guiando a los soldados del batallón, a lo cual, fue herido el brazo derecho por lo que tuvo que sostener la bandera con el brazo izquierdo, luego fue herido también en el brazo izquierdo y ambas piernas, por lo que tuvo que sostener la bandera con la boca. Este acto de valentía motivó a los soldados a seguir peleando y así lograr la tan ansiada victoria.

⁹ Al parecer este sería un elemento idealizado, pues según la tradición militar, los alféreces eran los llamados a sostener las banderas, pues los miembros de las tropas sabían que, si la bandera se mantenía alzada, el combate proseguía, de lo contrario si se encontraba en el suelo era el fin. Calderón tenía el rango de teniente, por lo que una bandera no sería parte de su indumentaria normal

¹⁰ Según Márquez, el decreto primero mencionó que “para honrar debidamente la memoria de Calderón, no se nombrará otro Capitán a la Primera Compañía del Batallón “Yaguachi”; segundo: en lo sucesivo pasará revista el expresado Calderón, como si estuviese vivo; y cuando en las de Comisario, sea llamado por su nombre, toda la Compañía responderá: “Murió Gloriosamente en Pichincha; pero vive en nuestros corazones”; tercero: a la madre de Calderón, se le pagará mensualmente el mismo sueldo del que hubiese disfrutado su hijo en la clase de Capitán, al que fuese ascendido después de su muerte, por su extraordinario valor” (Comité Abdón Calderón, 1931, p. 37).

¹¹ Morlaco es un sobrenombre para las personas naturales de Cuenca de la provincia del Azuay.

Artigo recebido em 26/03/2024

Aceito para publicação em 21/07/2024